

TRABAJO: CREACIÓN, REDENCIÓN, SANTIFICACIÓN

Ernesto Juliá Díaz

«Una auténtica comprensión teológica del trabajo es existencialmente posible sólo si el imprescindible esfuerzo de penetración analítica e intelectual está acompañado del reconocimiento de la vocación divina del hombre y, en ese contexto, del valor que ese trabajo tiene en la dinámica concreta de la vida espiritual»¹.

He querido comenzar con estas palabras que cierran la décima edición de la primera reflexión escrita por el pro f. Illanes sobre el trabajo en las enseñanzas de Josemaría Escrivá. Estudio llevado a cabo bajo el impulso del propio santo. Estas palabras, apenas ligeramente modificadas ahora, cerraron también la primera edición en 1966.

El motivo de esta cita, además de ser un reconocimiento explícito a la labor llevada a cabo por el homenajeador en este campo nuevo de la espiritualidad que, de manera precisa y sin vuelta atrás, abrió Josemaría Escrivá con la fundación del Opus Dei, me resulta fácil de declarar: esas palabras reflejan el marco en el que José Luis Illanes se ha movido en todas sus consideraciones sobre el trabajo, y encuadran la comprensión de la plenitud humana y divina del hombre, que pretende subrayar. Esta línea de análisis es la que, desde entonces, muchos otros estudiosos han seguido actualizando y profundizando a lo largo de los últimos años²; y que ya había comenzado a tomar cuerpo en la doctrina y en el Magisterio.

Aunque sólo sea a título de curiosidad, se me permitan dos citas: «El Redentor del género humano, que con su gracia penetra en nuestro ser y en nuestro obrar, eleva y ennoblece todo trabajo honrado, alto y bajo, grande y pequeño, agradable y penoso, material e intelectual, hasta un valor merito-

1. J.L. ILLANES, *La santificación del trabajo*, Madrid 102001, 200.

2. Véase entre otros estudios, por ejemplo, la voz *Lavoratori* del *Nuovo Dizionario di Spiritua - lità*, coordinado por S. DE FIORES, T. GOFFI (1989), aunque se subrayen quizá demasiado, en mi opinión, aspectos sociológicos en detrimento de los contenidos más incisivamente relacionados con la espiritualidad del trabajo.

rio y sobrenatural ante Dios, uniendo de esta suerte todas las formas de la multiforme actividad humana en una constante glorificación del Padre celestial»³.

Años después, Pablo VI afirma: «Es necesario dirigir más lejos nuestra mirada: dignidad del hombre, cooperador de Dios; grandeza del trabajo, que se libera de las servidumbres materiales y llena las exigencias morales de su persona... valores espirituales del trabajo terrenal, que encuentra todo su sentido en la relación con la vida eterna, a la que está llamada la Humanidad, rescatada por la gracia de Cristo»⁴.

En definitiva, y volviendo a las palabras del pro f. Illanes, son una invitación para contemplar el trabajo del hombre con la mirada con la que lo observa Dios.

Para centrar nuestras reflexiones, y como necesario preliminar, parece oportuno dejar asentado el significado que en las páginas que siguen tiene la palabra «trabajo».

«Llamamos trabajo a cualquier actividad que se relaciona con un fin presupuesto, o que quiero poner, mientras que no son trabajosas aquellas actividades que no persiguen un fin exterior a la acción misma. En terminología clásica, no es trabajo la actividad que tiene el fin en sí, y es trabajo la actividad que, de un modo u otro, tiene un fin fuera de sí»⁵. A ese estudio de R. Alvira remitimos a quienes deseen profundizar en la estructura antropológica del trabajo. A nosotros nos basta con afirmar que el trabajo es siempre una actividad del hombre, un medio para alcanzar un fin; y no un fin en sí mismo que dé sentido al ser y al existir del hombre.

Una actividad que queremos contemplar ahora en la triple dimensión que el quehacer humano y divino del hombre encierra en sí mismo; y así consideraremos el trabajo como creación, como redención y como santificación.

EL TRABAJO COMO CREACIÓN

La característica que da pleno sentido humano y divino al trabajo del hombre es la de ser la respuesta humana a la colaboración que Dios ha solicitado a la «única criatura terrenal a la que ha amado por sí misma»⁶. Una colaboración inteligente, libre y responsable, que lleva consigo la bendición que

3. Pío XII, *Mensaje* (24-XII-1943), n. 14.

4. PABLO VI, *El trabajo y los trabajadores en la sociedad contemporánea*. Mensaje a las Semanas Sociales de Francia, 25-VI-1964.

5. R. ALVIRA, *¿Qué significa trabajo?*, en *Estudios sobre la Encíclica «Laborem Exercens»*, Madrid 1987, 185-200.

6. *Gaudium et spes*, n. 24.

Dios otorga al hombre al concederle el dominio sobre toda la creación⁷, y encargarle el cuidado del paraíso⁸.

La comprensión de la realidad del trabajo no puede estar vinculada ni a la maldición ni a la fatiga, sino al gozo de cuidar el paraíso, la creación, de vivir con Dios el cuidado de Su obra. Esta comprensión está muy facilitada, aunque durante largos siglos no llegó a verse con la claridad con la que la apreciamos ahora, si consideramos que la condición trabajadora del hombre es anterior a la caída en el pecado. Es el paso previo necesario para entender el sentido de la cruz en la tarea de los hombres. En su aportación fundamental a la nueva visión del trabajo, Josemaría Escrivá señala esa perspectiva con mucha claridad: «El trabajo en sí mismo no es una pena, ni una maldición o un castigo: quienes hablan así no han leído bien la Escritura Santa»⁹.

La fatiga, el dolor, la pena, que normalmente comporta el trabajo, sí son consecuencia de la rebelión del hombre ante Dios. Dios, sin embargo, no permite que el pecado cambie el plan original. El apóstol confirma ese querer de Dios, al afirmar que «donde abundó el pecado, sobreabundó la gracia»¹⁰. Dios se vale de las cargas añadidas al trabajo, para convertir la tarea del hombre también en una cooperación a la redención del mundo y a la santificación del hombre.

Para tener una visión más completa del trabajo hemos de considerar que, al ser acción del hombre y al haberse Dios unido al hombre en Cristo Jesús, Dios ha querido vincular al hombre a Sí, en todas sus acciones. Al crearlo a su «imagen y semejanza», y al querer adoptarlo como hijo haciéndole participar de su propia naturaleza divina, Dios ha querido unir el hombre a Sí en la Creación, en la obra de la Redención llevaba a cabo por Jesucristo, perfecto Dios y perfecto hombre; y en la obra de la Santificación, que el Espíritu Santo lleva a cabo en cada cristiano.

Esta vinculación se realiza, si se puede expresar así, entre Dios y el hombre total, no sólo una parte del hombre o el hombre dividido. Siendo el trabajo una condición natural de la vida del hombre sobre la tierra, se comprende que al trabajar el hombre participe de la carga de la cruz, como participa de la misma carga de redención en cualquier otra situación de su vida: enfermedad, amistad, relaciones sociales, etc.

La concepción del trabajo como colaboración a la obra creadora no ofrece en realidad ninguna dificultad de comprensión. Y para llevar a cabo esta parte de la tarea bastaría al hombre trabajar con conocimiento de causa, esto es, con profesionalidad y competencia; y, a la vez, respetar el orden natural de la creación.

7. Cfr. *Gn* 1, 28.

8. Cfr. *Gn* 2, 16.

9. S. JOSEMARÍA ESCRIVÁ, *Es Cristo que pasa*, n. 47.

10. *Rm* 5, 20.

«La actividad humana individual y colectiva, es decir, aquel ingente esfuerzo con el que los hombres pretenden mejorar las condiciones de su vida a lo largo de los siglos, considerado en sí mismo, responde al plan de Dios. Pues el hombre, creado a imagen de Dios, ha recibido el mandato de regir el mundo en justicia y santidad, sometiendo la tierra con todo cuanto en ella hay, y reconociendo a Dios como creador de todas las cosas, de relacionarse a sí mismo y al universo entero con Él, de modo que con el sometimiento de todas las cosas al hombre, sea admirable el nombre de Dios en toda la tierra»¹¹.

Y otro aspecto de la visión del trabajo como participación de la creación, además del ya señalado de mejora de la creación misma, es el de la mejora y realización del propio hombre. «El trabajo es un bien del hombre —es un bien de su humanidad—, porque mediante el trabajo el hombre *no sólo transforma la naturaleza* adaptándola a las propias necesidades, sino que *se realiza a sí mismo* como hombre, es más, en un cierto sentido “se hace más hombre”»¹².

Esta tarea en la creación es la que Adán vivió en el paraíso antes de la caída. Realizando el esfuerzo de llevar a cabo los proyectos de Dios, el primer hombre gozaba de la grandeza de la creación, de la belleza escondida en todas las acciones de Dios.

En esa situación, y antes de caída, el trabajo de los primeros padres se realizaba en plena armonía con la voluntad y con los planes de Dios, y respetando el orden propio de la creación. El hombre y el mundo daban gloria a Dios, y la «manifestación de la libertad de los hijos de Dios» era plena.

El primer pecado del hombre, fruto de la desconfianza de Adán que le llevó a desobedecer el mandato de Dios —«El hombre, tentado por el diablo, dejó morir en su corazón la confianza hacia su creador y, abusando de su libertad, desobedeció el mandato de Dios»¹³—, introdujo la ruptura de la armonía establecida entre Dios, el hombre y la creación, la naturaleza. No hizo desaparecer la armonía; los planes originales de Dios permanecen en pie, cambiarán los medios y los caminos que haya de transitar el hombre para continuar su colaboración con Dios, y su cooperación para llevar a término su obra, y lógicamente se modificará también la amistad entre el hombre y la naturaleza, fuente de alegría, serenidad y paz en el espíritu del ser humano.

El hombre, después de oír las palabras de Dios que recoge el Génesis: «Maldito sea el suelo por tu causa; con fatiga sacarás de él el alimento todos los días de tu vida. Espinas y abrojos te producirá, y comerás la hierba del campo. Con el sudor de tu rostro comerás el pan, hasta que vuelvas al suelo, pues de él fuiste tomado»¹⁴, se encontrará con una naturaleza que le es hostil y

11. *Gaudium et Spes*, n. 34.

12. *Laborem exercens*, n. 9.

13. *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 397.

14. *Gn* 3, 17-19.

muchas veces extraña; y ante la que actuará no siempre de acuerdo con los designios de Dios, sino única y exclusivamente movido por el deseo de poder y de dominio.

Dios, por su parte, ante el pecado del hombre, manifiesta su corazón misericordioso: no prescinde de él en la realización de sus planes cre a d o res, sino que le devuelve —y aumentada— su confianza, asociándolo a su labor red e n t o r a. Dios nos descubre la insondable sabiduría divina, que ha querido conve r t i r en instrumento de redención la más inmediata consecuencia del pecado original —el sudor y la fatiga del hombre—, en la tarea de colaboración del hombre con Dios.

Romano Guardini resume en estas palabras la realidad que el cristiano ha de descubrir, para entender la colaboración de su trabajo con la creación de Dios: «Que Dios entre en la unidad personal con la criatura finita, la naturaleza humana, y que mantenga para la eternidad esa unidad; que, en la situación inerte de lo sacratísimo, se entregue a las terribles posibilidades de una historia profana», ha de llevar al cristiano a entender que «el mundo como tal le está propuesto como tarea y deber, entregado a la responsabilidad cristiana»¹⁵.

Josemaría Escrivá, con la luz recibida de Dios para entender la vocación divina a la santidad, a la unión con Dios de todo hombre, comprendió la plenitud del sentido del trabajo: «Para un cristiano... el trabajo aparece como participación en la obra creadora de Dios que, al crear al hombre, lo bendijo diciéndole: *Procread y multiplicaos y henchid la tierra y sojuzgadla, y dominad en los peces del mar, y en las aves del cielo, y en todo animal que se mueve sobre la tierra* (Gen I, 28). Porque, además, al haber sido asumido por Cristo, el trabajo se nos presenta como realidad redimida y redentora: no sólo es el ámbito en el que el hombre vive, sino medio y camino de santidad, realidad santificable y santificadora»¹⁶.

EL TRABAJO COMO REDENCIÓN

Juan Pablo II recuerda con estas palabras el nuevo sentido del trabajo después del pecado: «El sudor y la fatiga, que el trabajo necesariamente lleva en la condición actual de la humanidad, ofrecen al cristiano y a cada hombre, que ha sido llamado a seguir a Cristo, la posibilidad de participar en el amor a la obra que Cristo ha venido a realizar. Esta obra de salvación se ha realizado a través del sufrimiento y de la muerte de cruz. Soporando la fatiga del trabajo en unión con Cristo crucificado por nosotros, el hombre colabora en cierto

15. R. GUARDINI, *El ocaso de la edad moderna*, Madrid 1981, 133.

16. S. JOSEMARÍA ESCRIVÁ, *Es Cristo que pasa*, n. 47.

modo con el Hijo de Dios en la redención de la humanidad. Se muestra verdadero discípulo de Jesús llevando a su vez la cruz de cada día en la actividad que ha sido llamado a realizar»¹⁷.

Ante esa afirmación, hemos de plantearnos una serie de preguntas para tratar de desentrañar el verdadero camino por el que el trabajo del hombre se hace redención de Cristo. Parece lógico subrayar que hablar de trabajo y cruz tiene sentido si se considera el trabajo unido a la redención del mundo, en continuidad a la labor de colaborar en la creación, y si se considera también su importancia en la plena realización del hombre en los planes de Dios: la santificación.

¿Qué es la cruz en el trabajo? ¿Solamente en la fatiga se unen el trabajo del hombre y la Cruz de Cristo? ¿Deja el trabajo de convertirse en cruz, en instrumento de redención, cuando no comporta una particular fatiga?

Interpretando quizá demasiado al pie de la letra y en el sentido más obvio, la afirmación bíblica que hemos recogido líneas arriba, no es extraño que la fatiga que normalmente comporta el trabajo sea vista como una carga añadida al esfuerzo que todo trabajo comporta, una carga y hasta una pena por un delito, por un pecado. A esta interpretación se une frecuentemente la idea que considera la fatiga como una situación necesariamente adversa al hombre.

En realidad, ni una ni otra afirmación se corresponden siempre con la realidad. La fatiga en sí misma ni es buena ni es mala; y tampoco se puede reducir a un obstáculo que el hombre encuentra para llevar a cabo la obra de Dios.

El hombre se fatiga, sencillamente porque sus fuerzas físicas, psíquicas, espirituales, son limitadas. La fatiga forma parte de la condición criatural de la persona humana, y está por tanto al servicio de su desarrollo humano, natural y espiritual, en todos sus sentidos.

Después de dejar constancia de que la fatiga es un «hecho universal», porque el trabajo es una vocación universal de todos los hombres, Juan Pablo II, señala dos aspectos en los que queda reflejada la participación del trabajo en la obra de la redención.

El primero, en lo que comporta de mejora del propio hombre: «El trabajo es un bien del hombre —es un bien de su humanidad—, porque mediante el trabajo el hombre no sólo transforma la naturaleza adaptándola a sus propias necesidades, sino que se realiza a sí mismo como hombre, es más, en un cierto modo, “se hace más hombre”»¹⁸. El hombre se redime humanamente, podríamos subrayar; y al redimirse humanamente se abre para participar en la redención divina.

17. *Laborem exercens*, n. 27.

18. *Ibidem*, n. 9.

El segundo, porque «soportando la fatiga del trabajo en unión con Cristo crucificado por nosotros, el hombre colabora en cierto modo con el Hijo de Dios en la redención de la humanidad. Se muestra verdaderamente discípulo de Jesús llevando a su vez la cruz de cada día en la actividad que ha sido llamado a realizar (...) En el trabajo humano el cristiano descubre una pequeña parte de la cruz de Cristo y la acepta con el mismo espíritu de redención, con el cual Cristo ha aceptado su cruz por nosotros»¹⁹.

El esfuerzo, la fatiga y el cansancio que se experimentan al trabajar, unidos a la Pasión de Cristo, adquieren valor redentor. Quizá es oportuno subrayar que no es el hecho de la unión intencional del hombre con Cristo lo que llena de realidad redentora al trabajo, es la primera conversión del trabajo llevado a cabo por un hombre en gracia, porque ese trabajo es también trabajo de Cristo; y, «en manos de Jesús el trabajo, y un trabajo profesional similar al que desarrollan millones de hombres en el mundo, se convierte en tarea divina, en labor redentora, en camino de salvación»²⁰.

Parece oportuno señalar que los términos «trabajo profesional» en este texto de Josemaría Escrivá no deben entenderse en el sentido más literal y técnico de las palabras. Es preciso considerar que dentro de ese trabajo, entendido en el sentido más amplio posible, han de incluirse todas y cualquier actividad que el hombre realiza en la creación. La labor de una madre, el acompañar y cuidar a un anciano, el sufrimiento de un enfermo, tienen la misma condición de trabajo, y por tanto de contenido redentor, que cualquier otra actividad del ser humano.

El trabajo, con la fatiga que conlleva, porque toda colaboración con Dios supone fatiga, apertura, ruptura de límites, es una realidad redimida y redentora porque ha sido asumido por Cristo.

Es importante subrayar también que la «unión con Cristo» no es sencillamente una unión externa, ni, como ya hemos señalado, una unión de intereses. El cristiano vive «en Cristo», «injetado en Cristo», y, por tanto, Cristo mismo trabaja en él. Es una parte del ser *ipse Christus, alter Christus*.

Asentadas estas premisas, no podemos descargar en la fatiga todo el peso del sentido redentor del trabajo. Y es lógico, porque no es difícil ni arriesgado prever que la civilización técnica actual, al haber hecho posible que el hombre desarrolle el trabajo en condiciones de comodidad y paz, llegue a evitar prácticamente cualquier fatiga más allá del normal cansancio, salvo esas particulares situaciones de estrés que no son inherentes a la realidad misma del trabajo, y que se originan cuando el hombre añade al mismo trabajo un cierto afán de poder, de dominio, de excesivas ganancias, de superproducción, etc.

19. *Ibidem*, n. 27.

20. S. JOSEMARÍA ESCRIVÁ, *Conversaciones con Mons. Escrivá de Balaguer*, n. 55.

En efecto, hay muchos trabajos que no implican ni una particular dificultad que exija un esfuerzo añadido por parte del hombre, ni tampoco unas circunstancias que conlleven una carga difícil de soportar para el trabajador.

La superación de la fatiga en muchos de los trabajos actuales, aunque no haya conseguido eliminar del todo el cansancio, nos puede ayudar a descubrir que el verdadero sentido de la cruz redentora en el trabajo, más que en el hecho físico de la fatiga, física o mental, está en el espíritu de servicio con que el cristiano, siguiendo el ejemplo de Cristo, lo lleva a cabo.

¿Cómo se realiza en nosotros este trabajar con Cristo, en Cristo y por Cristo? No es una unión de intereses, o de fines, ni siquiera una continuidad de la obra de Dios en la creación y en el mundo. No es tampoco, aunque ciertamente esas facetas quedan también incluidas en la realidad del trabajo, una unidad de intenciones, de voluntades tendentes a un mismo fin.

El cristiano, en la gracia, participando de la naturaleza divina, está injertado en Cristo, es vivificado en Cristo y por Cristo, es el mismo Cristo. Por tanto, Cristo trabaja en él, redime con él, en él.

Hacer el trabajo con perfección, ofrecer el esfuerzo y la concentración en la tarea que a cada uno toca desarrollar en este mundo, son, a lo más, manifestaciones de una realidad más profunda: la de vivir en Cristo y Cristo en nosotros. Como lo son también, desde otra perspectiva, el compromiso de justicia y de solidaridad humana hacia todos los hombres, con los que se lleva a cabo la tarea profesional correspondiente.

Me gustaría subrayar, además de lo ya dicho, una faceta que quizá pasa más inadvertida, también por ser menos llamativa; y que sin embargo hace posible que el trabajo del hombre, vivido en y con Cristo, se llene de sentido redentor.

Cristo ha dicho de sí mismo que no había venido «a ser servido sino a servir, y a dar su vida en redención por muchos»²¹.

Realizar el trabajo con ese espíritu de Cristo, sólo es posible si el trabajo está injertado en el amor de Cristo: «Ocupate de tus deberes profesionales —señala S. Josemaría— por Amor: lleva a cabo todo por Amor, insisto, y comprobarás —precisamente porque amas, aunque saboreas la amargura de la incompreensión, de la injusticia, del desagradecimiento y aun del mismo fracaso humano— las maravillas que produce tu trabajo. ¡Frutos sabrosos, semillas de eternidad!»²². Y vuelve a insistir poco después: «En cada una de tus actividades, porque cuentas con la fortaleza de Dios, has de portarte como quien se mueve exclusivamente por Amor»²³.

21. *Mt* 20, 28.

22. S. JOSEMARÍA ESCRIVÁ, *Amigos de Dios*, n. 68.

23. *Ibidem*, n. 71.

«Soportando el peso del trabajo (cfr. *Gn* 3, 14-19), en unión con Jesús, el carpintero de Nazaret y el crucificado del Calvario, el hombre colabora en cierta manera con el Hijo de Dios en su obra redentora. Se muestra discípulo de Cristo llevando la cruz de cada día, en la actividad que está llamado a realizar»²⁴.

Así se comprende que trabajar por egoísmo, aunque puede ir unido al cansancio, a la fatiga, no lleva consigo el sentido de la cruz, y no se convierte en cruz redentora. De hecho, ni la fatiga en sí misma, ni el trabajo realizado de manera y con espíritu egoísta, son tareas redimibles y, por consiguiente, tampoco pueden llegar a ser santificadoras.

¿En qué consiste precisamente el «espíritu de servicio» con el que vive Cristo, y que debe impregnar la acción del cristiano, para que sea verdaderamente corredentor con Cristo?

Respetar la realidad del trabajo mismo, la verdad última de su ser. Sólo de esa manera el trabajo del hombre puede servir a la creación. Quien fabrica armas de guerra con el fin de matar, sin atenerse a ningún juicio de moralidad, de legalidad, de defensa propia, etc., lógicamente, y por muy bien realizado que esté el trabajo, no sirve a los planes de Dios en la creación. El historiador que analice un hecho —la revolución francesa, pongamos por caso— tomando exclusivamente en cuenta el método de análisis marxista, ni sirve a la creación, ni sirve a la redención y, mucho menos, puede ser un trabajo santificado.

Respetar la realidad humana y divina del hombre que trabaja. La dignidad de la persona humana, asentada en la realidad sobrenatural de ser hijo de Dios. Todo trabajo que comporte la falta de libertad del hombre que lo lleva a cabo, que le obligue a hacerlo en condiciones infrahumanas, o se convierta en una explotación de sus cualidades humanas en el más amplio sentido de la palabra, no puede ser trabajo de Cristo, no puede servir, por tanto, a la redención.

«La alienación se verifica también en el trabajo, cuando se organiza de manera tal que “maximaliza” solamente sus frutos y ganancias y no se preocupa de que el trabajador, mediante el propio trabajo, se realice como hombre, según que aumente su participación en una auténtica comunidad solidaria, o bien su aislamiento en un complejo de relaciones exacerbada competencia y de recíproca exclusión, en el cual es considerado sólo como un medio y no como un fin»²⁵.

Ahora, y para concluir el aspecto redentor del trabajo, nos basta subrayar la importancia de introducir la perspectiva de la resurrección, para llegar a comprender en toda su luz la cruz de cada día, y su sentido de redención. Así se comprende la alegría en el trabajo vivido con ese espíritu de servicio, tam-

24. *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 2427.

25. *Centésimus annus*, n. 41.

bién en unión con Cristo, que tuvo la alegría, y no sólo del dolor, de sufrir por nosotros. Y así el trabajo humano se convierte en servicio divino de unos hombres a otros.

Trabajar con alegría, aunque el trabajo suponga sacrificio. No sólo no hay oposición entre la alegría y sentir el peso de la cruz, sino que la auténtica alegría cristiana tiene sus raíces en forma de Cruz²⁶, no porque se queda en la cruz, sino porque la cruz es anuncio de Resurrección: sin la resurrección la cruz pierde todo significado, porque a lo más supondría que el mal vence al bien, que el pecado es la última palabra.

Descubrir la cruz unida al espíritu de servicio, y el espíritu de servicio acompañado de la cruz, y la cruz seguida de la Resurrección, nos permite vencer todas las tentaciones que se pueden presentar en la vida del creyente; desde la de abandonar la carga que comporta, hasta la de apoderarse de la gloria del trabajo bien realizado en el orden de la creación y de la redención, gloria sólo debida a Dios. O sea, abre el camino para lograr la verdadera realización humana y divina del hombre.

Para comprender mejor y con una perspectiva más completa el trabajo del hombre, me parece necesario parar la atención, aunque sea brevemente, sobre la realidad del descanso, que siempre acompaña necesariamente al trabajo del hombre. Bien entendido, el descanso nos ayudará también a descubrir el significado santificador del trabajo, que no puede tener lugar sin el descanso.

Está muy extendida la concepción casi exclusivamente utilitarista del descanso, como si toda su bondad estuviese en ser el cauce para reponer fuerzas, y continuar así el trabajo, en las mejores condiciones posibles.

Ya hemos recordado que el verdadero sentido del trabajo y de su fatiga está en la unión con el trabajo y la cruz de Cristo. De la misma manera, si queremos entender el sentido cristiano del descanso, el único camino esclarecedor es el de vincularlo al descanso de Dios al concluir la creación.

«Y vio Dios ser bueno»²⁷. Esta descripción de la creación, que encontramos ya en el primer capítulo del libro del Génesis, es, a su vez, en cierto sentido, el primer evangelio del trabajo. Ella demuestra, en efecto, en qué consiste su dignidad; enseña que el hombre, trabajando, debe imitar a Dios, su Creador, porque lleva consigo —él solo— el elemento singular de la semejanza con Él. El hombre tiene que imitar a Dios tanto trabajando como descansando, dado que Dios mismo ha querido presentarle la propia obra creador bajo la forma *del trabajo y del reposo*²⁸.

Hablar del sentido cristiano del descanso es recordar el descanso de Dios después del sexto día, después de ver que todo era bueno, y el hombre, «muy

26. S. JOSEMARÍA ESCRIVÁ, *Forja*, n. 28.

27. *Gn* 1, 4.10. etc.

28. *Laborem exercens*, n. 25.

bueno». El descanso de Dios está vivido en el gozo de su obra. También el descanso del hombre puede y debe ir unido al gozo de Dios, uno de los frutos de la acción del Espíritu Santo en las almas. ¿Cómo?

Juan Pablo II señala la necesidad del descanso con estas palabras: «La alternancia entre trabajo y descanso, propia de la naturaleza humana, es querida por Dios mismo, como se deduce del pasaje de la creación en el Libro del Génesis (cfr. 2, 2-3; *Ex* 20, 8-11): el descanso es una cosa “sagrada”, siendo para el hombre la condición de la serie, a veces excesivamente absorbente, de los compromisos terrenos y *tomar conciencia de que todo es obra de Dios*»²⁹.

Santificar el descanso y las diversiones, es quizá una de las tareas más apremiantes que el cristiano encuentra en la sociedad actual, y precisamente para reflejar en su entorno, después de tomar él personalmente conciencia, *que todo es obra de Dios*. No es suficiente luchar para no dejarse influenciar por las costumbres y modos de descansar paganizados, sino que es necesario que cada uno nos esforcemos para transmitir en los ambientes sociales en los que desarrollamos nuestro vivir, el sentido y el gozo cristiano del descanso.

Realmente el pagano —cuando es el fruto de la corrupción del cristiano— descansa solamente física y psíquicamente; sin el horizonte del obrar de Dios en el trabajo y en el descanso, no alcanza a descubrir el gozo en la fatiga, ni el consuelo divino en el cansancio humano. El pagano se entretiene, reposa su cuerpo y se calman sus energías; no descansa verdaderamente su espíritu en el gozo de la posesión del bien.

El descanso, en esta perspectiva cristiana, es ya un cierto adelanto de la gloria de la Resurrección. No se agota su sentido sencillamente en reponer fuerzas físicas, psíquicas, espirituales, por muy necesario que eso sea. La Resurrección se da también en el trabajo: descansar es cambiar de actividad, no es el simple «no hacer nada».

La Iglesia ha recomendado siempre el descanso dominical, y ha animado a los fieles a aprovecharlo para «cultivar la vida familiar, cultural social y religiosa», además de dedicarse a la «práctica de las obras de misericordia» y a «servicios humildes con los enfermos, débiles y ancianos»³⁰. Estas obras, en definitiva, y en su significado más hondamente cristiano, permiten a quien las lleva a cabo transmitir a quienes las reciben el fulgor de la Resurrección de Cristo, el esplendor de la Verdad de Cristo.

El descanso, además, y muy especialmente ese descanso «sagrado» del domingo, ayuda al cristiano a descubrir el verdadero sentido de eternidad que tiene la vida del hombre, y a renovar así la esperanza. Sólo viviendo en ese descanso se llega a comprender que «el domingo significa el día verdaderamente único que seguirá al tiempo actual, el día sin término que no conocerá ni tar-

29. *Dies Domini*, n. 65.

30. *Catecismo de la Iglesia Católica*, nn. 2185-2186.

de ni mañana, el siglo imperecedero que no podrá envejecer; el domingo es el preanuncio incesante de la vida sin fin que reanima la esperanza de los cristiano y los alienta en su camino»³¹.

El hombre redime también el trabajo arrancando de todo el proceso del trabajar las estructuras de pecado, las huellas del mal, que se hayan podido introducir a lo largo de los siglos: la esclavitud, la explotación de los más débiles, el trabajo de los niños, la falta de condiciones para desarrollar las tareas. Y las que permanecen actualmente cuando se busca, por encima de todo y casi como único fin del trabajo, aumentar constantemente la producción de bienes; y se descuida la atención personal de quienes trabajan, llegando incluso en ocasiones a no dar facilidad alguna para que puedan atender de manera adecuada sus propias obligaciones familiares, o los descansos a los que tienen derecho.

Juan Pablo II, después de señalar la relación trabajo-familia, recordando que «el trabajo es el fundamento sobre el que se forma la vida familiar, la cual es un derecho natural y una vocación del hombre», subraya que «la familia constituye uno de los puntos de referencia más importantes, según los cuales debe formarse el orden socio-ético del trabajo humano»³².

Sobre el fundamento de un trabajo humano vivido en ese espíritu, el cristiano se descubre con fuerzas para afrontar la tarea que la Iglesia presenta como uno de los grandes retos en la nueva evangelización de los pueblos: transformar cristianamente la sociedad a la luz de la vida y de las enseñanzas de Cristo.

La misión del cristiano corriente es «santificar el mundo desde dentro»³³, las estructuras sociales y la vida de los pueblos. Participa *desde dentro* en la construcción de una sociedad justa, que sea conforme al plan de Dios³⁴.

Es preciso mantener viva esta visión amplia, con realismo y optimismo cristianos. No se trata ni de establecer, ni social ni políticamente, el reino de Dios en la tierra, ni de imponer a los hombres una realidad divina cuya aceptación o rechazo Dios mismo ha dejado a la libertad de cada uno. La misión del cristiano, que lleva a cabo también con su trabajo santificado, consiste, en cambio, en anunciar a todos los hombres —y esforzarse para que lo comprendan— que el orden querido por Dios en la creación es el único adecuado para que todos los hombres, viviendo la solidaridad los unos con los otros, alcancen verdaderamente su fin.

Quizá esta misión parezca imposible en el primer golpe de vista. Josemaría Escrivá insiste no obstante en lo contrario: «Esto es realizable, no es un sue-

31. *Dies Domini*, n. 26.

32. *Laborem exercens*, n. 10.

33. *Lumen gentium*, n. 33.

34. Cfr. JUAN PABLO II, Discurso en el congreso «La grandeza de la vida ordinaria», 12-I-2002, n. 3.

ño inútil. ¡Si los hombres nos decidiésemos a albergar en nuestros corazones el amor de Dios! Cristo, Señor Nuestro, fue crucificado y, desde la altura de la Cruz, redimió al mundo, restableciendo la paz entre Dios y los hombres. Jesucristo recuerda a todos: *et ego, si exaltatus fuero a terra, omnia traham ad meipsum* (Ioh XII, 32), si vosotros me colocáis en la cumbre de todas las actividades de la tierra, cumpliendo el deber de cada momento, siendo mi testimonio en lo que parece grande y en lo que parece pequeño, *omnia traham ad meipsum*, todo lo atraeré hacia mí. ¡Mi reino entre vosotros será una realidad!»³⁵.

Dios no ha concretado los detalles de ese orden: ha señalado solamente los principios que lo hacen posible: la justicia vivida en la caridad, la libertad, el respeto a la vida, desde su concepción, y a la dignidad de cada persona. Con su trabajo profesional, el cristiano, todo cristiano, puede y debe esforzarse para que esos principios estén vivos, e influyan en las leyes y costumbres de las sociedades de los hombres.

En el prefacio de la Misa de Cristo Rey leemos que el Reino de Cristo es «Reino eterno y universal: el Reino de la verdad y la vida, el Reino de la santidad y la gracia, el Reino de la justicia, el amor y la paz». En esas palabras está el horizonte de la labor que el cristiano está llamado a realizar, y cuenta para llevarla a cabo también con su trabajo realizado por amor, con abnegación, con sacrificio, con empeño profesional, consciente de que así toda su vida será santa, redentora y santificadora, con Cristo, por Cristo y en Cristo.

Romano Guardini, al hablar de que el hombre está llamado a «salvar la obra de Dios», escribe: «Salvarla de que el poder del hombre caiga en manos de la soberbia y la locura y destruya la vida, suprimiéndola de la tierra. El hombre no sólo ha de entender sus obligaciones éticas diciendo: Debo guardarme del pecado; sino: Debo cuidarme de que al mundo le vaya bien»³⁶. Y, obviamente, el sentido de «irle bien» al mundo, sólo se comprende si el hombre colabora en la redención, si el hombre redime al mundo con Cristo y en Cristo, trabajando en y con Cristo.

EL TRABAJO COMO SANTIFICACIÓN

Ya hemos recordado que uno de los aspectos desde los que se puede contemplar el trabajo es el de manifestación de los hijos de Dios, por la que la creación entera clama con «gemidos de parto». La materia es ennoblecida con el dominio que ejerce el hombre sobre ella mediante el trabajo.

«Dios, que es el solo santo y santificador, quiso tomar a los hombres como compañeros y colaboradores que le sirvieran humildemente en la obra

35. S. JOSEMARÍA ESCRIVÁ, *Es Cristo que pasa*, n. 183.

36. R. GUARDINI, *El ocaso de la edad moderna*, 134.

de la santificación»³⁷. Esta cooperación del hombre con Dios en la tarea de santificar el mundo —glorificación de Dios—, aparece concretada en el Concilio Vaticano II en estos términos: «Pues a quienes asocia íntimamente a su vida y a su misión, también les hace partícipes de su oficio sacerdotal con el fin de que ejerzan el culto espiritual para gloria de Dios y salvación de los hombres. Por lo cual los laicos, en cuanto consagrados a Cristo y ungidos por el Espíritu Santo, son admirablemente llamados y dotados para que en ellos se produzcan siempre los más ubérrimos frutos del Espíritu. Pues todas sus obras, sus oraciones e iniciativas apostólicas, la vida conyugal y familiar, el cotidiano trabajo, el descanso de alma y de cuerpo, si son hechos en el Espíritu (...) se convierten en sacrificios espirituales, aceptables a Dios por Jesucristo (cfr. *1 Pe 2, 5*), que en la celebración de la Eucaristía se ofrecen piadosísimamente al Padre junto con la oblación del cuerpo del Señor. De este modo, también los laicos, como adoradores que en todo lugar actúan santamente, consagran el mundo mismo a Dios»³⁸.

Si unimos este texto con el que el Concilio Vaticano II dedica a expresar con claridad el sacerdocio común de los fieles —«Los bautizados, en efecto, son consagrados por la regeneración y la unción del Espíritu Santo como casa espiritual y sacerdocio santo, para *que por medio de toda obra del hombre* cristiano, ofrezcan sacrificios espirituales y anuncien el poder de Aquel que los llamó de las tinieblas a su admirable luz»—³⁹, podemos comprender que Dios quiere que el hombre colabore en la obra de santificación; y quiere vincular al hombre total a la totalidad de sus actuaciones. «El cotidiano trabajo» se incluye en esta perspectiva entre las actividades del hombre que «produce los más ubérrimos frutos del Espíritu».

Esta doctrina del Concilio Vaticano II tienen precedentes en los escritos y en la predicación de otros autores. Me limitaré a recoger dos textos. El primero dice así: «El hombre piadoso ve a Dios en todas las cosas. Cada uno de sus actos los relaciona con las luces que Dios le comunica. Los incidentes diarios, las personas con quienes convive, las noticias que llegan, de todo hace oblación a la voluntad divina... El trabajo es para él a un tiempo oración y servicio de Dios... Para el santo de este mundo, la oración y el trabajo no son sino dos dimensiones o dos momentos de un mismo culto a Dios. No intenta escatimar tiempo de trabajo para darlo a la oración; porque sabe que el trabajo realizado por Dios, lo mismo que el descanso y el juego, son oración»⁴⁰.

37. *Presbyterorum ordinis*, n. 5.

38. *Lumen gentium*, n. 34.

39. *Lumen gentium*, n. 10.

40. A. RADEMACHER, *Religion y vida*, passim. La primera edición en castellano es del año 1940. El título original: *Religion und leben*, apareció en Alemania en 1925. El autor está hablando del santo cristiano que esperan los tiempos nuevos.

El segundo texto es de 1951, aunque su autor, Josemaría Escrivá, había utilizado estas mismas palabras, u otras muy semejantes —los ejemplos que se podrían recoger son muchos y muy variados— en su predicación oral desde los comienzos del Opus Dei: «El cristiano ha de tener hambre de saber. Desde el cultivo de los saberes más abstractos hasta las habilidades artesanas, todo puede y debe conducir a Dios. Porque no hay tarea humana que no sea santificable, motivo para la propia santificación y ocasión para colaborar con Dios en la santificación de los que nos rodean»⁴¹.

La razón de una afirmación semejante está en que toda la vida del hombre se puede convertir en oración; también el trabajo: «Trabajar así es oración. Estudiar así es oración. Investigar así es oración. No salimos nunca de lo mismo: todo es oración, todo puede y debe llevarnos a Dios, alimentar ese trato continuo con Él, de la mañana a la noche. Todo trabajo honrado puede ser oración; y todo trabajo, que es oración, es apostolado. De ese modo el alma se enraiza en una unidad de vida sencilla y fuerte»⁴².

La realidad santificadora y, por lo tanto, apostólica del trabajo, está en la entraña del espíritu que Josemaría Escrivá predicó una y otra vez a lo largo de toda su vida: «Para el cristiano, el apostolado resulta connatural: no es algo añadido, yuxtapuesto, externo a su actividad diaria ocupación profesional. ¡Lo he dicho sin cesar, desde que el Señor dispuso que surgiera el Opus Dei! Se trata de santificar el trabajo ordinario, de santificarse en esa tarea y de santificar a los demás con el ejercicio de la propia profesión»⁴³.

El Concilio Vaticano II realiza una síntesis de la doctrina sobre el trabajo con estas palabras: «Por tanto, todos los fieles cristianos, en las condiciones, ocupaciones o circunstancias de su vida [clara referencia a la creación], y a través de todo eso, se santificarán más cada día si lo aceptan todo con fe de la mano del Padre celestial [sentido de redención en el trabajo] y colaboran con la voluntad divina, haciendo manifiesta a todos, incluso en su dedicación a las tareas temporales, la caridad con que Dios amó al mundo [obra de santificación que se lleva a cabo con el trabajo]»⁴⁴.

Es necesario reflexionar sobre el verdadero significado de esas afirmaciones, si queremos descubrir la riqueza de su contenido. ¿Qué se entiende por santificar cuando se habla del trabajo? ¿Cómo puede el hombre santificar con su trabajo? O mejor: ¿cómo Cristo puede continuar su labor de santificar el mundo con el trabajo del hombre?

En realidad, santificar el trabajo, santificarse en el trabajo y santificar con el trabajo son tres facetas de una misma realidad; los tres lados de un triángulo.

41. S. JOSEMARÍA ESCRIVÁ, *Es Cristo que pasa*, n. 10.

42. *Ibidem*.

43. *Ibidem*, n. 122.

44. *Lumen gentium*, n. 41, in fine.

lo que van siempre unidos y, si falta uno de ellos, los otros dos no tienen apoyo, no gozan de consistencia. El párrafo de la Const. *Lumen gentium* que acabamos de transcribir refleja también esa triple faceta de la misma y única realidad, y nos permite comprender cómo es posible que el trabajo llegue a ser vivido en unión con Cristo en los tres órdenes de la creación, de la redención, de la santificación; y que siendo plenamente creación pueda convertirse en redención, y que siendo santificación manifieste la redención y dé su pleno sentido a la creación.

Para que el trabajo pueda convertirse en oración, y pueda por tanto santificar, ha de reunir en sí la luz de la creación y de la redención.

Se le exige, por tanto, una primera condición: que sea un trabajo honrado, y que se lleve a cabo con responsabilidad y profesionalidad, en armonía y según el orden de la creación. Trabajar así supone la acción de la gracia en el hombre —gracia que jamás destruye ni obstaculiza la naturaleza—, y manifiesta que el hombre trabaja con Cristo y en Cristo; y que Cristo trabaja con el hombre y en el hombre. El hombre trabaja injertado en Cristo.

«Dios sigue creando, en el sentido de que Él es el manantial permanente de donde mana cuanto existe en cada instante; actualmente crea dentro de la actividad del hombre, sin ingerirse en su plena iniciativa —que sigue libre y sujeta a riesgos—. Somos colaboradores de Dios en su permanente obra de creación: Él crea siempre en nosotros, al menos si actuamos según su intención, que es la felicidad y la vida plena del hombre. No por eso diremos que Dios hizo mal su trabajo de creador dejándolo inacabado... Pues Él es, en cada momento, el manantial absoluto y decisivo —y no sólo inicial, en el sentido de “empujón inicial”— de la creación en continua formación, manantial sin el que no existiría el río de la historia creadora»⁴⁵.

En esa unión con Cristo y en Cristo, el hombre, además de trabajar bien, ha de esforzarse —segunda condición— en realizar su tarea con las mismas disposiciones de servicio con las que Cristo ha venido a redimir y a santificar el mundo: «Ha venido no a ser servido sino a servir».

Serequiere además, y es la tercera condición, que ese trabajo santificado alcance otras realidades a las que pueda transmitir su fuerza santificadora. ¿Qué otras realidades humanas quedan afectadas por el trabajo del hombre?

En primer lugar, el propio autor del trabajo, el hombre mismo. En segundo lugar, las demás personas que se relacionan con él con motivo del trabajo realizado. En tercer lugar, toda la realidad exterior al hombre afectada por la acción del trabajo: la sociedad, y la misma estructura de la naturaleza habitada por el hombre.

Podemos decir que santificar, hacer obra de Dios, con el trabajo, es, en cierta manera, el fruto naturalmente sobrenatural de haber ya santificado el

45. V. AYL, *¿Qué significa «salvación cristiana»?*, Madrid 1980, 75.

trabajo, y de haberse santificado en el trabajo realizado. Y así se comprende que los tres aspectos de la expresión de Josemaría Escrivá, no sólo sean inseparables, sino que desunidos pierdan su verdadero sentido. En realidad, si se da uno deben darse simultáneamente los otros dos. No se puede dar uno aislado; y, dado uno, los demás le siguen necesariamente.

Cornelio Fabro señaló esta realidad con palabras precisas. Después de recoger unas palabras de Josemaría Escrivá acerca del trabajo-oración, que ya hemos señalado en la nota 42, dice: «El trabajo es, para el auténtico cristiano, oración y servicio a Dios, y no simplemente algo que “se hace”; y lo es por la unión habitual del alma con Dios que actúa en ella y con ella, en virtud de la gracia». Doctrina que, continúa Fabro, es reafirmada por Juan Pablo II en la *Laborem exercens*, al señalar que el valor primario del trabajo no depende principalmente «de la clase de trabajo que se realiza, sino del hecho de que quien lo realiza es una *persona*. Las fuentes de la dignidad del trabajo deben buscarse, sobre todo, no en su dimensión objetiva, sino en su dimensión subjetiva», ya que «en último término, *el fin del trabajo* que hace el hombre, cualquiera que sea, sigue siendo siempre el hombre»⁴⁶.

El hombre se santifica en el trabajo, y el trabajo santifica al hombre, en la medida en la que el hombre al trabajar se va llenando más y más de los mismos sentimientos de Cristo. ¿Cómo se manifiesta esa «unión de sentimientos», esa «unidad de sentido», podríamos decir con más claridad?

Dios ha enviado a su Hijo Unigénito a la tierra, por amor al mundo. Cristo se ha encarnado por amor al hombre. El hombre se une a Cristo por amor; Dios Padre se goza en el amor de los hombres a su Hijo. El trabajo que surge del amor, aunque cueste y aunque se viva con un cierto desagrado, es redentor y santificador.

«Conviene no olvidar, por tanto, que esta dignidad del trabajo está fundada en el Amor. El gran privilegio del hombre es poder amar, trascendiendo así lo efímero y lo transitorio. Puede amar a las otras criaturas, decir un tú y un yo llenos de sentido. Y puede amar a Dios, que nos abre las puertas del cielo, que nos constituye miembros de su familia, que nos autoriza a hablarle también de tú a Tú, cara a cara.

Por eso el hombre no debe limitarse a hacer cosas, a construir objetos. El trabajo nace del amor, manifiesta el amor, se ordena al amor. Reconocemos a Dios no sólo en el espectáculo de la naturaleza, sino también en la experiencia de nuestra propia labor, de nuestro esfuerzo. El trabajo es así oración, acción de gracias, porque nos sabemos colocados por Dios en la tierra, amados por Él, herederos de sus promesas»⁴⁷.

46. C. FABRO, *El temple de un Padre de la Iglesia*, Madrid 2002, 148.

47. S. JOSEMARÍA ESCRIVÁ, *Es Cristo que pasa*, n. 48.

Vivido con esas disposiciones, «el trabajo es un bien del hombre —es un bien de su humanidad—, porque mediante el trabajo el hombre *no sólo transforma la naturaleza* adaptándola a las propias necesidades, sino que *se realiza a sí mismo* como hombre, es más, en un cierto sentido “se hace más hombre”»⁴⁸.

¿Cómo se hace el hombre «más hombre» y «más santo», en el trabajo? Cuando empeña sus energías en trabajar bien, con esmero, con responsabilidad, estando abierto para aprender siempre nuevos modos de mejorar el trabajo, porque así hace con más eficacia su servicio a los hombres y da más gloria a Dios.

Además de mejorar su competencia profesional, el trabajo es cauce para la santificación del hombre cuando respeta el orden de la creación querido por Dios; y acerca de este modo toda la creación a Dios. Sólo así el trabajo alcanza a manifestar que proviene del amor de Dios. O sea, el hombre santifica con el trabajo cuando lo realiza bien, según su propio orden, con el fin querido por Dios, y en servicio de los hombres.

Trabajando de este forma, el hombre puede gozar de la alegría de Dios en la creación: «En el trabajo humano el cristiano descubre una pequeña parte de la cruz de Cristo y la acepta con el mismo espíritu de redención, con el cual Cristo ha aceptado su cruz por nosotros. En el trabajo, merced a la luz que penetra dentro de nosotros por la resurrección de Cristo, encontramos siempre un *tenue resplandor* de la vida nueva, del nuevo bien, casi como un anuncio de los “nuevos cielos y otra tierra nueva”»⁴⁹.

Trabajando con Cristo, y con el espíritu de Cristo, que «no ha venido a ser servido sino a servir», los frutos del trabajo son también de Cristo. ¿Cómo santificar a los demás? Llevando a cabo el trabajo como hemos señalado en los párrafos anteriores, reflejando en nuestras vidas, en nuestro trabajo, la vida y el trabajo de Cristo. De esa forma, se ayuda a todos a preparar el espíritu para estar en condiciones de ser atraídos por el amor a Cristo que el trabajo refleja.

Para que la tarea desarrollada sea espejo que refleje la luz del amor de Dios, no basta con que sea un trabajo técnicamente muy bien realizado; ha de realizarse con profundo espíritu de servicio, que significa algo más que el deseo de agradar y de hacer la vida agradable a quienes comparten ese trabajo con nosotros.

El servicio cristiano, aunque cuenta lógicamente con las buenas relaciones humanas entre quienes trabajan codo a codo en una tarea común, comporta una decidida preocupación por hacer el bien a los demás. Un bien que presenta muchas facetas: mejorar la formación profesional, técnica, humana de los trabajadores; preocuparse de que el hombre se realice en el trabajo y no sólo de lo que el hombre realiza con el trabajo.

48. *Laborem exercens*, n. 9.

49. *Laborem exercens*, n. 27.

La eficacia, ciertamente, es una consecuencia lógica del trabajo bien vivido en todos los aspectos. Si se pretende, sin embargo, la eficacia por encima de cualquier otro bien, es muy probable que el trabajo no surja del amor a Dios, ni se lleve a cabo en servicio de los demás, ni para la gloria de Dios. En el trabajo que santifica al hombre, la eficacia es una consecuencia de la obra realizada, no el fin que se persigue con ella.

Es importante subrayar también la necesidad de vivir en el trabajo, al hacer la tarea y al convivir con los demás, una serie de virtudes que hacen posible que el cristiano dé testimonio de su fe en un ambiente en el que se desenvuélve quizá el mayor tiempo de su vida.

Josemaría Escrivá lo recuerda de forma muy gráfica: «Puesto que hemos de comportarnos siempre como enviados de Dios, debemos tener muy presente que no le servimos con lealtad cuando abandonamos nuestra tarea; cuando no compartimos con los demás el empeño y la abnegación en el cumplimiento de los compromisos profesionales; cuando nos puedan señalar como vagos, informales, frívolos, desordenados, perezosos, inútiles...»⁵⁰.

Con el ejemplo de su trabajo vivido de esa manera, en el deseo además de ayudar a los demás a mejorar su propio trabajo, y siendo leales a las personas y a las empresas para las que trabaja, el cristiano descubre que «el trabajo profesional —sea el que sea— se convierte en un candelero que ilumina a vuestros colegas y amigos»⁵¹.

Con el trabajo santificado, llevando a Cristo en los corazones y en las obras, le pondremos en la cumbre de todas las actividades humanas, para que desde ellas sea verdaderamente Luz del mundo: es la gran tarea que el Señor ha confiado a los hombres, a los cristianos. «Éste es el secreto de la santidad que vengo predicando desde hace tantos años: Dios nos ha llamado a todos para que le imitemos; y a vosotros y a mí para que, viviendo en medio del mundo —¡siendo personas de la calle!— sepamos colocar a Cristo Señor Nuestro en la cumbre de todas las actividades humanas honestas»⁵².

Hemos visto que toda la actividad, todo trabajo, del hombre, es colaboración en la creación, participa y es redención, y tiene en sí mismo la disposición para ser santificado, está abierta y tiene capacidad para participar en la santificación de quien lo realiza, y en el honor de la creación entera.

Nos hemos preguntado dónde encontramos la raíz de esa realidad sobrenatural, que hace posible que todo lo humano del hombre llegue a ser divino. Y hemos visto que es Cristo viviendo en el hombre. La gracia hace posible que el hombre no sólo siga a Cristo, le imite, intente identificarse con sus sentimientos y deseos, sino que viva con Él, en Él y por Él.

50. S. JOSEMARÍA ESCRIVÁ, *Amigos de Dios*, n. 62.

51. *Ibidem*, n. 61.

52. *Ibidem*, n. 58.

Y así, podemos afirmar que el trabajo, la vida del hombre, participa en la redención y en la santificación, siendo creación, no porque el hombre ofrezca a Dios el fruto de su esfuerzo, el resultado de su arte; ni siquiera porque desee, en el ofrecimiento, rendir gloria a Dios y alabarle.

La raíz de esa transformación redentora y santificadora del trabajo, de la actividad humana, está en que, hecha en Cristo, por Cristo, es «obra de Cristo, acción de Cristo». Es la consecuencia lógica en el orden natural-sobrenatural de ser el cristiano *alter Christus, ipse Christus*; de haberse unido Cristo, en cierto modo, «en la Encarnación con todos y cada uno de los hombres»⁵³.

EL TRABAJO Y EL GOZO DE LA RESURRECCIÓN

Esta reflexión sobre el sentido teológico del cualificado actuar humano que llamamos trabajo, podría concluir aquí.

Soy consciente, de otra parte, que quedan sin considerar muchas otras facetas del trabajo, muy interesantes y que inciden también en su realidad sobrenatural. Entre otras, señalo solamente la incidencia en la sociedad de cualquier actividad del hombre. Incidencia en la estructura de la organización social, e incidencia en el desarrollo de todo el entramado de la sociedad en servicio del hombre. Trabajo-orden-justicia, podría ser el marco de un análisis de ese tipo.

Como ese estudio no puede ser llevado a cabo ahora, para cerrar estas páginas me siento en la necesidad de esbozar, al menos, una última reflexión que ha ido tomando cuerpo en mí a medida que avanzaba en la redacción. Y es ésta.

Teniendo en cuenta que la vida espiritual del hombre será una realidad con él mismo en la eternidad, me vino a la cabeza la pregunta sobre si el trabajo, además de ser creación, redención y santificación, al vivirlo el hombre con Cristo, en Cristo y por Cristo, no podría ser también motivo de que, ya aquí en la tierra, el hombre goce de un cierto adelanto de la eternidad, visto que, lógicamente, el trabajo —en cuanto actividad en la que el hombre busca un fin fuera de sí— no acompañará al hombre en el cielo.

El trabajo no, pero las obras del hombre, sí. El texto del Apocalipsis lo dice con claridad: «Escribe: Dichosos los muertos que mueren en el Señor. Desde ahora, sí —dice el Espíritu— que descansen de sus fatigas, porque sus obras les acompañan»⁵⁴. ¿Se trata solamente de un acompañamiento para el juicio, un acompañamiento en orden al actuar moral del hombre, entre el bien y el mal? ¿No estará incluida entre esas obras del hombre también el trabajo?

53. *Gaudium et spes*, n. 22.

54. *Ap* 14, 13.

A veces se tiene en cuenta la continuidad del trabajo de los apóstoles después de la resurrección de Cristo, para subrayar la plenitud de sentido espiritual del trabajo. «Después de esto, se apareció Jesús otra vez a los discípulos a orillas del mar de Tiberiades. Se apareció de esta manera. Estaban juntos Simón Pedro, Tomás, llamado el Mellizo, Natanael, el de Caná de Galilea, los de Zebedeo y otros dos discípulos. Simón Pedro les dice: “Voy a pescar”. Le contestan ellos: “También nosotros vamos contigo”»⁵⁵.

Este hecho, sin embargo, puede agotar todo su significado en la perspectiva santificadora del trabajo, que ya hemos mencionado. No parece que esa actuación de los Apóstoles traslade el sentido del trabajo más allá de la tarea creadora, redentora, santificadora del hombre sobre la tierra.

La vuelta a su trabajo de pescadores, obviamente, no es ni definitiva ni particularmente significativa si tenemos presente que la tarea que van a recibir y su misión de ser testigos de la Resurrección de Cristo hasta el fin de los tiempos, no les va apartar de las realidades terrenas en las que se desenvuelve su vivir, y que necesitarán, por tanto, del trabajo de sus manos para sostenerse. San Pablo lo entiende así, y para no ser gravoso, no deja su capacidad de fabricar tiendas para evitar la carga de su sostenimiento a las comunidades de fieles recién establecidas.

Si unimos, en cambio, el pasaje del Apocalipsis a otros textos de la Escritura, quizá podamos subrayar un nuevo sentido del trabajo del hombre, que podría abrirnos su perspectiva de eternidad: manifestar la gloria y la alegría de la Resurrección, al desentrañar las bellezas del universo y la propia grandeza del hombre; y éstas sí que son obras que hacen descansar al hombre, y le acompañan al Cielo.

En el salmo 125 leemos: «Quienes siembran en lágrimas, cosechan entre gritos de júbilo. Lloran al plantar las semillas; retornan jubilosos al recoger las gavillas». Y de forma más patente, al hablar del «descanso sabático del pueblo de Dios», leemos en la epístola a los Hebreos: «Es claro que queda un descanso sabático para el pueblo de Dios. Pues quien entra en su descanso, también él descansa de sus trabajos, al igual que Dios de los suyos»⁵⁶.

En un pasaje de la *Laborem exercens*, en el que Juan Pablo II hace alusión al «Reino de los Cielos», nos puede ayudar también en esta reflexión: «El cristiano que está en escucha de la palabra del Dios vivo, uniendo el trabajo a la oración, sepa qué puesto ocupa su trabajo no sólo en el progreso humano, sino también en el desarrollo del Reino de Dios, al que todos somos llamados con la fuerza del Espíritu Santo y con la palabra del Evangelio»⁵⁷.

Podemos entender que el trabajo del hombre no sólo coopera al progreso del Reino de los cielos en la tierra. Nada parece impedirnos que, así como

55. *Jn* 21, 2-3.

56. *Hb* 4, 10.

57. *Laborem exercens*, n. 27.

nosotros rogamos a Dios Padre: «venga a nosotros tu Reino», y «hágase tu voluntad en el cielo y en la tierra», Dios nos conceda adelantar el gozo de su Reino también en la tierra, ya que nosotros le pedimos que también en la tierra se haga su Voluntad; y su Voluntad es que nosotros gocemos del Reino.

El Reino de los Cielos no tiene un sentido exclusivamente en el cielo. El descanso sabático quizá también comience a manifestarse sobre la tierra. El hombre vive ya a Dios, con Dios, y hasta cierto gozo de Dios, descanso en Dios, en la tierra. Para vislumbrar, al menos, cómo el trabajo puede descubrir al hombre ese Reino también en la tierra, podemos considerar que en el trabajo, y al trabajar, el hombre desvela la belleza que Dios ha creado: el universo es ser, verdad, bondad, belleza creada. La belleza no es una cualidad añadida que se pueda desprender de la realidad del universo.

Desvelando la belleza con su trabajo, el hombre hace resaltar también la verdad que sostiene y hace posible la bondad y la belleza del ser. Toda la creación adquiere madurez en su desarrollo hacia la plenitud de la «nueva tierra», merced al trabajo del hombre; y el hombre mismo se hace «más hombre», humana y sobrenaturalmente, en el trabajo. ¿No se vislumbra ya aquí la luz del «nuevo cielo», la luz de la Resurrección?

Quizá fue esta perspectiva la que Josemaría Escrivá entrevió, al escribir: «Si trabajamos con este espíritu [de conseguir pan de la tierra que sostenga la vida y pan del cielo que ilumine y dé calor al corazón], nuestra vida, en medio de las limitaciones propias de la condición terrena, será un anticipo de la gloria del cielo, de esa comunidad con Dios y con los santos, en la que sólo reinará el amor, la entrega, la fidelidad, la amistad, la alegría»⁵⁸.

58. S. JOSEMARÍA ESCRIVÁ, *Es Cristo que pasa*, n. 49.